EL DOLOR IMPOSIBLE

por Raúl Chávarri Porpetta

Al cruzar la ciudad, el itinerario de todos los días adquiría una apariencia diferente. Las gentes que se cruzaban con ella y con las que en ocasiones cambiaba imperceptibles saludos, parecían haber ya leído el artículo del periódico y sentirse más o menos satisfechos de conocer a alguien tan lúcido e inteligente y que popularizara la atención con la prudencia y sabiduría de sus respuestas. Al llegar a la Universidad, percibió la sensación de una manera más directa, algunos alumnos incorporaron a su saludo discretos elogios y puntualizaciones que llevaban implícita una adhesión. Pensó que, una vez más, se demostraba que lo que no figura en los medios de comunicación, no existe.

Sentada en la sala de profesores, abrió el periódico, contempló su retrato, la efigie de una mujer inteligente de treinta y siete años, discretamente peinada, con unas gafas de moderno y elegante diseño, que parecía mirar al lector para transmitirle la plenitud de sus convicciones. Casi sin leer, visualizó las ideas centrales de la entrevista y las frases que el periodista había destacado: *El sufrimiento es injusto y no debe existir. El sufrimiento, si no es inútil, es inadmisible e intolerable*. Una intensificación de la actividad en los pasillos, la anunció que tenía que acercarse a su aula. Todavía con el periódico doblado en la mano, se encaminó hacia ella.

Al entrar, los alumnos la obsequiaron con una larga y cálida ovación; sintió que se ruborizaba, porque el intelectual no está tan acostumbrado al aplauso como el cantante o el deportista. Subió a la tarima, se colocó detrás de su mesa y antes de iniciar la lección, agradeció con breves palabras y reafirmó, casi telegráficamente, las ideas que en la entrevista había expresado. Mientras lo hacía, sintió una extraña sensación que la forzó a concentrarse en lo que estaba diciendo; era como si sus muñecas y sus tobillos se encontraran sujetos por fuertes argollas, que incluso en un momento amenazaran con romper los frágiles huesos. Al mismo tiempo, la visión de los rostros atentos y cordiales de los alumnos se borró totalmente y ante su mirada apareció una enorme pared lóbrega, de grandes piedras unidas casi sin argamasa, semicubiertas por la humedad, el verdín y la suciedad de diverso origen, formando el más desesperanzador espectáculo que pueda imaginarse. Continuó hablando, intentando por todos los medios un retorno a la realidad; comenzó su clase evocando las palabras tiernas de un poeta andaluz enamorado de la primavera total, casi franciscano en su descubrimiento del animal amigo. Pero otra vez volvió a presentársele la visión del paredón, todavía con más evidencia que antes. Poco a poco, tomó clara conciencia de lo que estaba viendo; era una celda tremenda, una ergástula sin redención ni esperanza, situada en cualquier lugar del planeta y en una desconocida circunstancia del tiempo; cuando se acentuó el dolor de sus muñecas y de sus tobillos, otro padecimiento se interpuso, algo la estaba atenazando un costado a la altura de la cintura y la cadera, retorciéndola con tanta energía que estuvo a punto de quejarse.

Regresó a su exposición y a su razonamiento poniendo a contribución su voluntad toda. Lo que estaba sucediendo era tan absurdo. Aquellos extraños y anacrónicos dolores de poseída, la interposición de la imagen abominable sobre la presencia real de los discípulos, era algo que no tenía razón de ser, no podía ocurrir de ninguna manera y era preciso superarlo con la palabra, con la aceptación estoica de la tarea emprendida por encima del malestar y de la angustia. Pero la visión surgió plenamente, esta vez con aterradora diafanidad y comprendió el papel protagónico que desempeñaba en esta otra dimensión en el ignorado territorio de lo inexistente, en el que se estaba sumergiendo, sin saber por dónde ni cómo había accedido a él. Era una tremenda sala de tortura, de siniestra y robusta arquitectura; colgada de las muñecas por cadenas que pendían del techo, había dos mujeres desnudas, evidenciando en sus cuerpos los más diversos estigmas del martirio, y ella se encontraba en análoga posición, igualmente distendida por las cadenas, con la espalda pegada al muro que la enfriaba a través de su mortífera podredumbre. En el suelo un montón de ropas evidenciaban la condición de ella y de sus compañeras, eran hábitos y tocas de monja rozados, sucios, como si hubieran sido víctimas de un largo cautiverio y de una forma que recordaba su antigüedad, probablemente de los siglos XVI ó XVII. En la sala había otras dos personas, tres inquisidores tras una mesa observaban y anotaban lo que se hacía y decía, cuatro verdugos se afanaban obedeciendo sus órdenes y dos monjas se colocaban al lado de la torturada para contribuir eficazmente a su daño, recoger su declaración e hipócritamente salvaguardar el pudor con la intersección de un sucio lienzo entre las miradas y los sexos desnudos.

Para las otras condenadas, el suplicio había terminado ya. El golpe seco de una tenaza arrancó el vértice de un seno, la eficaz labor de una herramienta análoga la despojó de sus dientes y los golpes de una cadena causaron la rotura de sus costillas. Un destino muy semejante había seguido la otra mujer. El rostro que debió ser hermoso, quedó destrozado por los golpes, a sus pies los cabellos arrancados con tal fuerza que desgarraron el cuero cabelludo, proclamaban el dolor que debió experimentar, un extraño instrumento de madera había roto las piernas y el abandono de los verdugos y la atención de los inquisidores demostraba que nada se esperaba ya de ellas.

A través de un esfuerzo sobrehumano, intentó salir de la escena y volver a la clase, a los alumnos, al tema; pensó precipitadamente en la personas que como ella amaban la enseñanza y que de una forma u otra fueron víctimas de la Inquisición , de Fray Luis de León a Cayetano Ripoll; dentro de su racionalismo de mujer nacida en las cercanías del tercer mileno, estuvo a punto de ensayar un exorcismo que la librara de la visión abyecta, pero sólo consiguió que fugazmente volvieran los alumnos a sus ojos y la lección a su garganta, inmediatamente después regresaba a la sombra, al calabozo inconmensurable, al conjunto de personas que preguntaban en latín sobre hechos y conductas de los que no tenía conciencia ni memoria. Un garfio de hierro había apresado sus costado y giraba lentamente definiendo ya la túrdiga de carne ensangrentada que iba a separar de su cuerpo. Al mismo tiempo, un artilugio movía las cadenas separando sus brazos entre sí, alzando sus pies del suelo y orientándolos en posiciones distintas como si existiera un propósito de desmembrarla. Lo más repugnante, fue el gesto de la monja que se hallaba a su lado introduciéndola en el sexo el lienzo falsamente pudoroso. Entonces, gritó con todas sus fuerzas, profirió un tremendo alarido que no era humano, ni mucho menos personal, en el que rota toda su individualidad, su sosiego y su mesura, su capacidad intelectual y su confianza en el mundo

progresista que la rodeabba, rugió de una sola voz el dolor de todos, de los torturados y de los inmolados, de los sacrificados y los mutilados, de los que habían entrado en la noche nunca amanecida del tormento y saber cuyos cuerpos, mentes y espíritus se había posado la garra tremenda de la crueldad humana.

En la situación de absoluto terror que la rodeaba, comprendió claramente en dónde se encontraba la raíz de su espanto. No se trataba del dolor que iba progresando por sus miembros, de la náusea inevitable que la poseía, no era tampoco la evidencia de que se había cambiado los planos y lo que no existía era el mundo confortable que aprendía a respetar la existencia de los demás, la clase, los alumnos y la práctica de la libertad; todo ello eran fantasmas, tremendas inexistencias, no era una profesora que soñaba ser una monja martirizada por la Inquisición, sino una triste inquirida, una candidata al patíbulo, al crujido que rompía la nuca o al fuego que lamía la carne viva. Lo real, lo verdadero, era todo lo horrible que la estaba sucediendo. Y, entonces, en un momento cualquiera, ante la inminencia del tormento, en la soledad de la celda o al sentirse desnudada por los verdugos, ella había soñado en un mundo mejor, en un universo distinto y astronómicamente lejano en el que las gentes no descendían a los subterráneos para ser torturadas, en donde no podía ser en cualquier momento evocado el demonio como pretexto para desgarrar los cuerpos, para asumir a las mentes en un océano de terror.

Con increíble claridad, contempló el rostro lívido, de amarillenta palidez de un inquisidor, que acercaba a su boca una nariz siniestra, como el pico de un ave de rapiña, mientras conminaba su declaración sobre hechos y aconteceres de los que nada sabía. Aún en su mísera y torturada condición, la espantó aún más observar que entendía el latín con toda claridad, como si fuera su propia lengua materna y que las expresiones latinas con las que el inquisidor realizaba indicaciones para sus compañeros, le eran igualmente familiares. Ese mundo de infinito dolor, de castigo sin culpa, de horrible laceración de la carne y el espíritu, era suyo, el de todos y cada uno de sus días, en donde se había inscrito su existencia y desarrollado sus años, y el sueño lo constituía la otra dimensión, el lugar equívoco y lejano, absolutamente inalcanzable, donde las gentes podían pensar y hablar en libertad, reflexionar sobre el pasado y aventurar hipótesis en torno al futuro, un mundo que no llegaría nunca o que al menos para ella no la alcanzaría jamás.

Incapaz de resistir la fija mirada de su juez, dejó caer la cabeza. Obedeciendo una orden no escuchada, uno de sus verdugos tiró de sus cabellos con enorme fuerza y entonces advirtió una nueva sorpresa; su cabeza estaba prácticamente rapada, como la de una de sus compañeras de suplicio, mientras que la tercera escalpelada por un tirón brutal , debería haber tenido un pelo algo más largo, suficiente para que el castigo que acababa de experimentar ella le fuera fatídico. Intentó cerrar los ojos; el verdugo tiró profundamente de sus párpados hacia arriba, mientras que a corta distancia de su rostro el inquisidor continuaba preguntando en una amenazante letanía; unas veces, casi afectuoso, comprensible, intentando dar la torpe imagen de alguien que conocía le inexperiencia y la flaqueza de los demás y sabía perfectamente que éstas podían haberla conducido hasta los linderos del pecado, a las fronteras de lo Maligno. Pero, cuando el nombre del diablo o de cualquiera de sus dedicaciones aparecía en la boca del hombre pálido, parecía como si un terrible fuego hiciera presa de sus entrañas de hielo, se estremecía, retazos de saliva surgían de su boca mezclados con las palabras e iban a estrellarse contra las facciones de la mujer, en la lluvia más repugnante que pueda imaginarse.

Con un esfuerzo sobrehumano, intentó regresar a aquella región diáfana y transparente que había considerado su mundo, su tiempo y su vida; pensó que todo era un sueño, que procedía de cualquier operación alucinante causada sobre ella por un droga o por una voluntad superior. Se esforzó en emprender el viaje de regreso sin saber exactamente dónde encontrar el camino, movió los brazos dentro de las argollas, intentando inútilmente percibir una posibilidad de liberación sintió que al mismo tiempo el artilugio que tiraba de sus tobillos y sus muñecas la iba separando cada vez más, disponiendo como las aspas de un molino o los brazos de una cruz de San Andrés. Al elevarse un poco más, sus pechos quedaron a la altura de los ojos del inquisidor y la monja nauseabundamente solícita colocó sus dos manos sobre los senos, como la más inmunda tapadera que pudiera proporcionarse a un pudor que ya a nadie importaba. Sintió claramente las manos, planas, lisas, gastadas contra las tapas del devocionario y los respaldos de los reclinatorios, desprovistas de todo contacto humano, de toda posible dulzura, incapaces de acariciar ni de transmitir el menor sentimiento de ternura.

Una a una, las cuatro sensaciones, las cadenas que tiraban de sus piernas y sus brazos, las manos recias del verdugo sujetando su cabeza, las palabras del inquisidor, que eran como latigazos en sus oídos, y la manos de la monja cada vez más pegadas a sus pechos, recibiendo el sudor de su angustiosa agonía, sin enjugarlo ni aliviarlo, la fueron llevando a una desesperación tan terrible como jamás había experimentado. Pensó que iba a enloquecer, que de cualquier forma su mente y su espíritu escaparían del doble encarcelamiento de la mazmorra y de la carne, dejando sólo un cuerpo roto y vegetal en manos de sus torturadores; la idea incluso representó para ella una esperanza. En el desplazamiento vertiginoso de los pensamientos, creyó ver la clave de lo que ocurría; ella estaba allí sufriendo hasta los límites de lo inconcebible porque una mujer, en otra época y lugar, había sido víctima de esta pena y de este infernal tratamiento e incapaz para conjurar la acusación, había conseguido evadirse, dejar un cuerpo sin conciencia ni referencia a cuya cita habían acudido sus potencias espirituales y mentales.

Se produjo una extraña alteración en la mazmorra. Por una puerta accedieron al recinto dos verdugos llevando a una mujer vestida con un largo traje y adornada con la sobriedad de unas joyas. Su sola visión en aquel interior, hacía comprender que acababa de ser raptada a la luz y al viento, al país distante y lejano de las gentes que vivían muy cerca y, sin embargo , tremendamente lejos del horrible lugar. La mujer, con el rostro descompuesto y la mirada casi extraviada en un rictus de terror, era muy joven, prácticamente una nena; llevaba el cabello rubio, peinado en una gran trenza en torno de su rostro, como si éste fuera un medallón enmarcado en oro. La joven, a la que nadie había tocado ni violentado en forma alguna, miró a la mísera cautiva con una expresión de profunda lástima, de intensa conmiseración. Hizo un movimiento para secar su rostro con un pañuelo que extrajo de la manga, pero un gesto del inquisidor la detuvo. La encadenada entendió rápidamente lo que estaba ocurriendo. Se trataba de obtener de la recién venida una declaración que condenara definitivamente a la mujer entregada al tormento o, por el contrario, producir en la torturada una afirmación condenatoria de la muchacha rubia, posiblemente un cambio en la condición; la martirizada regresaría a una celda carcelaria o conventual, en donde podría hacer el recuento de sus dolores y ganar la sensación de haber salvado la vida y la joven dama sería desnudada, atormentada y sometida al mismo tratamiento.

La sensación de que sólo causando la perdición de la otra podía salvarse, llenó de horror a la injusticiada. Percibió con claridad que de todas las pruebas y dolores

que en aquellos instantes había sufrido, ésta era, con mucho, la más cruel y abominable, aquella que la obligaba a salvarse condenando, a convertirse en cómplice de aquellos tremendos contertulios de la muerte que la rodeaban. En ese momento de sus reflexiones, sintió que la carne de su costado había cedido a la presión del garfio, que con sabia lentitud manejaba otro verdugo invisible para ella. Sintió el calor de la sangre resbalando a lo largo de su muslo desnudo, hasta que la posición de la pierna dejó caer en el vacío las gotas cuyo sonido escuchó perfectamente.

En torno a la mujer que acababa de llegar y que había ocultado su rostro entre la manos al contemplar la túrdiga sangrante que el verdugo levantaba en la punta del garfio, se fueron concentrando dos monjas salidas, nadie sabe de dónde, los inquisidores y los torturadores; de entre ellos, el hombre pálido que se estremecía al nombrar al diablo, adoptaba un gesto cesáreo, triunfal, sabía que estaba ganando una batalla sobre el temor y el dolor de sus enemigos, en torno al menguado ejército que el Maligno había dejado caer en sus manos. La táctica cambió por unos momentos; se trataba de aprovechar la flaqueza de la dama rubia para obtener de ella una declaración, que más tarde fuera reforzada a través de las confidencias y mentiras que el tormento haría florecer en su boca. La encadenada ya no interesaba; sintió que la aflojaban los artilugios que sujetaban sus manos y sus pies dejándola caer en el suelo de rodillas con un golpe rudo que añadió un nuevo sufrimiento. Desde el suelo, sucio de sangre y orines, en donde sus piernas resbalaban en un barrizal de repugnancias, la encadenada, todavía sujeta a sus argollas, contempló el desarrollo de la escena. Alguien había retirado uno de los cadáveres que colgaban de las paredes, lentamente, la mujer rubia iba retrocediendo hacia aquel lugar, bajo la violencia de las acusaciones e improperios que la dirigía el pálido inquisidor; todavía no la tocaba nadie, pero el semicírculo de la personas a su alrededor era mucho más amenazador que las argollas de hierro y los instrumentos de tortura.

Incapaz de apartar la vista, la encadenada contempló empavorecida la escena. La muchacha había llegado hasta la pared, su espalda se apoyó muy cerca de una mancha de sangre dejada por su antecesora; con un gesto brusco dos verdugos la sujetaron por las muñecas, la separaron y con la destreza de un cirujano una de las dos monjas destrozó sus ropas en unos instantes, dejando ver un cuerpo juvenil, blanco y fino, apenas púber, con una tenue delicadeza que contrastaba con la áspera rudeza del escenario; las argollas se centraron en torno a las muñecas, los tobillos fueron introducidos en unas extrañas prensas de madera aseguradas al suelo por férreos zunchos. Hubo una momentánea visión del sexo juvenil de la mujer casi dislocado, que una monja interrumpió superponiendo un sucio paño, en donde ennegrecían las manchas de sangre de otra torturada.

Entonces la mujer encadenada, la extraña viajera llegada a la mazmorra desde otro tiempo, gritó de nuevo, poniendo en su inextinguible alarido un eco de pavor, de sufrimiento, que testimoniaba un dolor del espíritu mucho más tremendo que el de la carne. Comprendió que el mal y el terror y el pavor y la tortura sólo son inhumanos y totalmente insoportables cuando se vuelcan sobre los otros; había entendido que cualquier tormento y crueldad, por lejana que sea, se hace nuestra. Todas sus lágrimas, las que desde sus ojos a borbotones y todos sus clamores de dolor se concentraron en uno solo, en el que se dolía entera y desvalida la especie humana.

El grito disipó la visión, desaparecieron las piedras ennegrecidas y rezumantes, los torturadores y los que los mandaban, la monja oficiosa y su lienzo

nauseabundo. Volvió a encontrarse en la clase, profesora y alumnos sorprendidos por el grito inusitado. Vio la vacilación y la incertidumbre, casi la aflicción en los rostros que la miraban. Entendió claramente la extraña lección que la había llegado de muy lejos, a través del espacio y del tiempo, la corroboración y quizá la negación de cuanto había pensado, dicho y escrito, el sufrimiento no debía de existir, pero había existido, existía y existiría. Mientras que ella daba su clase en el aula de la universidad, prodigiosamente a más de trescientos años de distancia, en una fortaleza italiana, alguien estaba produciendo el daño con la macabra eficacia que sólo el hombre puede desplegar, entre cuatro paredes, un infierno de horror y dolor, de muerte y sufrimiento, se había desencadenado sistemática y progresivamente. Lloró largo tiempo; cuando levantó la cabeza, la gran mayoría de los alumnos lloraban con ella.